

Nietzsche y la crítica a la epistemología positivista

Ramón Bárcenas ¹

¹Universidad de Guanajuato

Guanajuato, México

E-mail: rbarcen7@yahoo.com.mx

<https://orcid.org/0000-0003-3433-9849>

Resumen: El texto aborda la crítica de Nietzsche a la epistemología positivista. Esta crítica se presenta y desarrolla en el planteamiento filosófico del perspectivismo. Este planteamiento defiende el carácter perspectivista del modo en que nos relacionamos con el mundo, de manera que es factible una diversidad de formas de configurar las cosas, de interpretar el mundo. El perspectivismo somete a revisión la epistemología positivista, la cual considera que el sujeto puede conocer el mundo sobre la base de los hechos observados. Por un lado, cuestiona la existencia de los hechos que constituyen la base objetiva del conocimiento positivo, señalando que no hay hechos sino solo interpretaciones. Por otro, problematiza la supuesta consistencia ontológica del sujeto, mostrando que éste no es un agente sustancial sino una hipótesis reguladora de la complejidad interior. La revisión crítica del positivismo apunta a la necesidad de reconsiderar el modo en que se plantea la epistemología moderna, particularmente formulada en términos de la relación entre sujeto y objeto.

Palabras clave: Epistemología, hechos, interpretación, sujeto, verdad.

Abstract: The text addresses Nietzsche's criticism of positivist epistemology. This criticism is presented and developed in the philosophical approach of perspectivism. This approach defends the perspectivist nature of the way we relate to the world, so that a diversity of ways of configuring things, of interpreting the world, is feasible. Perspectivism revises positivist epistemology, which considers that the subject knows the world based on observed facts. On the one hand, it questions the existence of the facts that constitute the objective basis of positive knowledge, pointing out that

there are no facts but only interpretations. On the other hand, it problematizes the supposed ontological consistency of the subject, showing that the subject is not a substantial agent but rather a regulatory hypothesis of inner complexity. The critical review of positivism points to the need to reconsider the way in which modern epistemology is presented, particularly formulated in terms of the relationship between subject and object.

Keywords: Epistemology, facts, interpretation, subject, truth.

Introducción

El perspectivismo es un neologismo acuñado por Nietzsche para referirse a un planteamiento filosófico formulado en sus obras de madurez. Este planteamiento subraya el carácter perspectivista de nuestra relación con el mundo. Para el perspectivismo existe una diversidad de modos de configurar las cosas, distintos modos de relacionarnos con ellas, de manera que admite múltiples interpretaciones del mundo. El mundo no comporta un sentido *en sí*, un sentido único, sino que es susceptible de ser comprendido de maneras diferentes. Interpretar no es develar un sentido unitario del mundo sino introducir un sentido en las cosas. El fragmento póstumo de 1886-1887, 6 [15]¹ propone: “¡No buscar el sentido en las cosas: sino *introducirlo!*” (Nietzsche, 1885-1889/2006: 182). Por este motivo, existe una pluralidad de interpretaciones, pues éstas dependen de la perspectiva o el punto de vista desde la cual acontecen.² La tesis del perspectivismo es expuesta en algunos párrafos de su obra publicada, así como en fragmentos póstumos.³ Particularmente importante es el fragmento póstumo de 1886-1887, 7 [60], el cual expone las ideas centrales de este planteamiento filosófico, y además lo presenta como una postura que somete a revisión ciertos principios metafísicos aún latentes en el positivismo. Estos principios cuestionables son la convicción en la existencia de hechos y la supuesta consistencia ontológica del sujeto del conocimiento. En relación a la existencia de hechos, el fragmento referido sostiene lo siguiente: “Contra el positivismo, que se queda en el fenómeno ‘sólo hay hechos’, yo diría, no, precisamente no hay hechos, sólo interpretaciones” (Nietzsche, 1885-1889/2006: 222). Y en referencia al sujeto afirma: “[...] el

¹ La numeración de los fragmentos póstumos corresponde al año de su redacción, al número de cuaderno o folio de hojas, y al fragmento en cuestión (el número entre corchetes). Esta clasificación es presentada en la edición en castellano de los cuatro volúmenes de *Los Fragmentos Póstumos de Nietzsche*, dirigida por Diego Sánchez Meca.

² Heidegger nos recuerda que la pretensión de un observar exento de perspectiva es un equívoco, pues incluso la intención de investigar objetivamente (sin ideas preconcebidas) es un “[...] ver y tiene, en cuanto tal, su punto de vista” (Heidegger, 1923/2008: 107).

³ Cf. *Más allá del bien y del mal*, § 108; *Genealogía de la moral*, III, 12; *El crepúsculo de los ídolos*, “Los ‘mejoradores’ de la humanidad”. Y los fragmentos póstumos: 1884, 26 [114]; 1886-1887, 7 [60]; 1887, 11 [113], y 1888, 14 [82].

‘sujeto’ no es algo dado sino algo inventado y añadido, algo puesto por detrás” (Nietzsche, 1885-1889/2006:222).

La filosofía positivista considera que el sujeto es capaz de conocer el mundo a partir del estudio de los hechos observados. Los hechos son datos ciertos sobre la realidad empírica y son obtenidos mediante procesos metódicos y objetivos. Los hechos proporcionan información confiable sobre cómo son las cosas del mundo, razón por la cual pueden fungir como base de las teorías científicas. El perspectivismo se opone a esta convicción, argumentando que nuestra relación con el mundo exterior no es directa ni neutral, sino que se encuentra mediada y condicionada por nuestras perspectivas. Los hechos conllevan el descubrimiento del sentido unitario de las cosas, pero para el perspectivismo hay una diversidad de modos de configurar las cosas; hay una multiplicidad de formas de interpretarlas. Pero este señalamiento no implica caer en la tesis de que todo es subjetivo. Por un lado, el sujeto mismo es puesto en revisión y no se concede la interpretación metafísica de concebirlo como una entidad sustancial. Para el perspectivismo el sujeto no es una cosa dada, sino algo inventado; es una ficción, una hipótesis añadida que tiene la función de regular la complejidad del mundo interior. Por otro lado, las interpretaciones nuevas no se realizan arbitrariamente sino que tienen como trasfondo y referente interpretaciones previas. Diego Sánchez Meca sostiene que “[...] toda interpretación nueva supone la reelaboración de interpretaciones antiguas que han terminado volviéndose incomprensibles, y que ahora ya no son, para el intérprete, más que signos (*Zeichen*)” (Sánchez Meca, 2017: 14).

Hechos e interpretaciones

Auguste Comte es el autor de la filosofía positiva, con la cual caracteriza una manera especial de filosofar, una forma que se diferencia del pensar teológico y metafísico. Esta diferenciación la traza el pensador francés a partir de la ley de los tres estados. De acuerdo con esta ley, el desarrollo de las diversas ramas del conocimiento y del espíritu humano pasan necesariamente por tres etapas o estados, a saber: el teológico, el metafísico y el positivo. Cada uno de estos estados se caracteriza por un modo específico de hacer filosofía. En el teológico domina el pensamiento ficticio; en el metafísico, el abstracto; y, finalmente, en el positivo, el científico. Los estados teológico y metafísico son etapas previas y necesarias para que el espíritu humano alcance su madurez, esto es, el estado positivo. Mientras que en el estado teológico se investigan las causas primeras, suponiendo la existencia de agentes sobrenaturales, en el metafísico se indagan esas mismas causas pero sustituyendo los seres sobrenaturales por entidades abstractas. El positivismo se distingue de los dos estados anteriores en su renuncia a descubrir las causas primeras; no se interesa por encontrar el principio de todos los fenómenos; tampoco busca penetrar en la esencia del mundo ni alcanzar un conocimiento absoluto de lo real. En lugar de esto, se enfoca en estudiar los fenómenos para “[...] descubrir -con el uso bien combinado del razonamiento y la observación- sus leyes efectivas, es decir, sus relaciones invariables de sucesión y de similitud” (Comte, 1830/2004: 22). El positivismo se limita al

estudio de los fenómenos para encontrar las leyes que los regulan. Esta renuncia a perseguir el conocimiento último de las cosas, esto es, el saber metafísico, exhibe el carácter propio del pensamiento científico.

La filosofía positiva delimita la investigación científica al estudio de los hechos, a las *cuestiones de hecho* definidas por David Hume, para así identificar las leyes que los rigen (Hume, 1748/1988: 47-49). Las leyes descubiertas se corresponden con los hechos estudiados; no son el resultado de ficciones o reflexiones abstractas. En el estado positivo las teorías cuentan con una base empírica; tienen un respaldo concreto en la realidad. Comte señala que desde la época de Bacon el conocimiento efectivo es aquel que se deriva de los “hechos observados” (Comte, 1830/2004: 25). Los hechos muestran la realidad como efectivamente es; ellos exhiben fragmentos auténticos del mundo. Los hechos no son el resultado de especulaciones, sino que surgen a partir de la observación rigurosa y sistemática de la realidad. Están determinados por la presencia y acción de lo existente en la realidad, de manera que representan el modo objetivo y confiable de acceder al mundo. El positivismo representa un notable esfuerzo por dejar atrás las pretensiones metafísicas de alcanzar verdades absolutas y reconoce las limitaciones de la inteligencia y del conocimiento humano. Este reconocimiento es un acto de madurez propio del estado positivo al que se ha llegado, motivo por el cual se concibe como el grado de mayor desarrollo del espíritu humano. Comte afirma que incluso en el plano individual se puede constatar que el crecimiento de la inteligencia hacia su madurez también transita por estas tres etapas. En la infancia domina el pensamiento ficticio (teológico); en la juventud, el abstracto (metafísico); y en la madurez, el científico (positivo). La última fase representa la plena realización de la inteligencia humana; el cumplimiento o la meta de su desenvolvimiento (Comte, 1830/2004: 21).

A pesar del esfuerzo de la filosofía positiva por librarse de presupuestos metafísicos, buscando ceñir la construcción de teorías a los hechos observados, aún persisten principios cuestionables en su planteamiento. Esto es lo que el perspectivismo de Nietzsche busca exhibir y corregir. La convicción en la existencia de los hechos es, paradójicamente, uno de ellos. Los hechos son datos seguros, información auténtica sobre lo que existe y sucede en el mundo. Los hechos se obtienen a través de un estudio objetivo y metódico de la realidad: observaciones cuidadosas, comparaciones y experimentos. La confiabilidad de esta información está probada por el modo riguroso en que es obtenida. La tesis del perspectivismo se opone a la existencia de datos seguros sobre el mundo; se opone a la idea de que tenemos acceso objetivo a la realidad. El trato con el mundo no es directo ni neutral, sino mediado y condicionado. El modo de relacionarnos con la realidad está mediado por una serie de conversiones y apropiaciones que no dan como resultado hechos sino interpretaciones. El positivismo pasa por alto que la manera en que percibimos y comprendemos la realidad es de carácter

perspectivista. Steven D. Hales subraya que para Nietzsche: “Nada es verdadero fuera o independientemente de las perspectivas” (Hales, 2000: 25; traducción del autor).⁴ De aquí la bien conocida sentencia del fragmento póstumo de 1886-1887, 7 [60]: “[...] no hay hechos, sólo interpretaciones” (Nietzsche, 1885-1889/2006: 222). No hay hechos porque nuestra relación con las cosas siempre está mediada por el modo en que las percibimos y organizamos, de manera que la posibilidad de aprehenderlas objetivamente no es factible. Y solo hay interpretaciones porque la investigación del mundo tiene lugar sobre la base de una serie de apropiaciones y traducciones por parte del intérprete. El fragmento póstumo recién referido lo plantea de la siguiente forma: “No podemos constatar ningún *factum* ‘en sí’: quizá sea un absurdo querer algo así.” (Nietzsche, 1885-1889/2006: 222). El perspectivismo muestra el carácter mediado y condicionado de la experiencia humana y, por ende, del conocimiento. El perspectivismo se opone a la existencia de hechos o cosas *en sí* porque éstos tendrían el carácter de lo incondicionado. Pero lo incondicionado no es algo susceptible de ser conocido, pues conocer es entrar en relación con ello. El fragmento póstumo de 1885-1886, 2 [154] lo formula de la siguiente manera: “Algo incondicionado no puede ser conocido: ide lo contrario precisamente *no* sería incondicionado! Pero conocer es siempre ‘ponerse-en-relación-condicional-con algo’” (Nietzsche, 1885-1889/2006: 123).

En este punto cabe subrayar que, si bien el perspectivismo se opone a la existencia de los hechos, no es una postura que rechace el positivismo en su conjunto, no es un planteamiento antipositivista. Por el contrario, reconoce los méritos del positivismo con respecto a la filosofía tradicional y la crítica ejercida contra él es para liberarlo de supuestos metafísicos aún presentes. Pietro Gori señala que el perspectivismo es más bien un planteamiento post-positivista, afín a otra postura filosófica del período que también busca librar al positivismo de presupuestos metafísicos. Dicha postura es el fenomenalismo, un planteamiento que “[...] se presenta como el desarrollo del positivismo en un sentido anti-metafísico” (Gori, 2017: 79). El fenomenalismo se propone formular un programa epistemológico que evite pretensiones metafísicas mediante la exigencia de ceñirse rigurosamente al ámbito de los fenómenos. No son los hechos sino los fenómenos el criterio para evitar caer en seducciones metafísicas. La esfera de los fenómenos es el referente a considerar porque permite determinar qué es cognoscible y qué es metafísica al rebasar ese límite. Para el fenomenalismo no puede haber hechos universales, certezas indubitables o verdades absolutas, pues todo esto rebasa la dimensión fenoménica. El fenomenalismo es post-positivista porque busca llevar a su plena realización al positivismo, liberándolo de los principios metafísicos aún latentes. Lo mismo cabe afirmar del perspectivismo de Nietzsche; no rechaza en su totalidad al positivismo, sino que busca liberarlo de supuestos cuestionables.

⁴ En inglés en el original: “Nothing is true outside or independent of perspectives”.

Interpretación, verdad y lenguaje

Desde sus ensayos tempranos Nietzsche pone en cuestión la supuesta objetividad con que se procede en la investigación de la realidad empírica. Los textos del período temprano aún no presentan la tesis del perspectivismo en cuanto tal; ésta es articulada en la obra de madurez. Pero el análisis que algunos de estos textos realizan en torno al concepto de verdad permite comprender con claridad en qué sentido nuestra relación con el mundo es condicionada y mediada. La manera en que nos relacionamos con el mundo exterior no es objetiva y neutral como asume el positivismo. Sobre esta cuestión es particularmente importante el ensayo, de su obra temprana, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1873). En este texto el autor problematiza la concepción correspondentista de la verdad. De acuerdo con esta concepción, una teoría es verdadera cuando refleja adecuadamente lo que existe y acontece en el mundo, cuando el lenguaje es expresión correcta de las cosas (Nietzsche, 1873/2011: 611). Los procesos metódicos y objetivos empleados en la investigación del mundo empírico posibilitarían el acceso a la verdad. El ensayo *Sobre verdad y mentira* se aleja de esta concepción tradicional y formula una imagen de la verdad muy distinta. Propone que ésta no es el resultado de procedimientos metódicos sino más bien interpretativos. La verdad es el resultado de una serie de transposiciones realizadas tanto por el aparato sensorio-perceptual como por el entendimiento, de manera que una teoría verdadera no es necesariamente el reflejo adecuado de lo que existe y sucede en el mundo.

El ensayo *Sobre verdad y mentira* analiza los estímulos sensibles con el propósito de mostrar que la relación con el mundo no es inmediata, sino más bien mediada y condicionada. Las impresiones sensoriales pasan por un proceso de interpretación para poder ser aprehendidas. Las percepciones son estímulos nerviosos que para ser llevados al nivel de la conciencia precisan de una conversión. La excitación nerviosa es transformada en una instancia que tenga sentido para el entendimiento, a saber, en una imagen mental. Aquí tiene lugar la primera metáfora, en la que un estímulo sensitivo es traducido en una representación mental. Las impresiones sensibles no plasman su contenido de manera directa y llana en la mente, cual si ésta fuera un papel en blanco como creía Locke (1690/2005: 83). El aparato sensorio-perceptual y la mente no se limitan a recibir pasivamente el contenido de los estímulos provenientes del exterior. Los sentidos y el entendimiento intervienen lo recibido y lo reconfiguran. En este proceso se pasa de un ámbito a otro distinto, de un estímulo nervioso a una imagen mental. Y este procedimiento no es lógico, sino estético y hermenéutico, pues conlleva una recreación.

La imagen mental también se ve sujeta a una transposición para poder ser comunicada. La representación mental es transfigurada en una composición sonora al ser expresada en palabras. En este proceso de conversión se pasa igualmente de un ámbito a otro distinto, de un contenido mental a una articulación acústica. Aquí tiene lugar lo que Nietzsche denomina como la segunda metáfora,

la cual también conlleva un proceso de recreación. El proceso metafórico que comienza con la conversión de un estímulo nervioso a una imagen mental, y la imagen en una expresión oral es lo que posibilita la caracterización nietzscheana de la verdad como el resultado de traducciones y no de procedimientos metódicos. *¿Qué es pues la verdad?*, se pregunta Nietzsche. La verdad no puede ser entendida como el reflejo fidedigno de las cosas existentes; no es la expresión adecuada del mundo. El análisis realizado, a propósito de las conversiones operantes en las excitaciones nerviosas y en la expresión oral de las mismas, revela que la formación de las palabras no sigue un proceso lógico, sino uno metafórico. La verdad es entonces: “Un ejército de metáforas, metonimias, antropomorfismos en movimiento, en una palabra, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas, adornadas poética y retóricamente y que, tras un prolongado uso, a un pueblo le parecen fijas” (Nietzsche, 1873/2011: 613). La costumbre, el uso prolongado de estas metáforas es lo que nos lleva a considerar que las verdades tienen un origen distinto, uno metódico y objetivo. El hábito y también el olvido es lo que nos mueve a creer férreamente que la verdad es la concepción adecuada de la realidad. Pero ella es más bien el resultado de una serie de transposiciones y conversiones humanas.

Las palabras y el lenguaje no expresan apropiadamente el ser de las cosas, pues son el resultado de un conjunto de transposiciones y metáforas. Nietzsche subraya que:

[...] la génesis del lenguaje no se da de una manera lógica, y todo el material en el que trabaja y con el cual trabaja y después construye el ser humano de la verdad, el investigador, el filósofo, si no procede de Jauja, tampoco procede en ningún caso de la esencia de las cosas. (Nietzsche, 1873/2011: 612)

El lenguaje no revela entonces cómo es el mundo en cuanto tal, sino solo expresa las relaciones de las cosas para con el hombre. Las palabras, ya se ha dicho, son la expresión sonora de los estímulos sensoriales. Pero la percepción humana no tiene la capacidad de penetrar en el ser de las cosas, de manera que podamos alcanzar un conocimiento objetivo de ellas. El ojo, por ejemplo, se limita a deslizarse “[...] sobre la superficie de las cosas viendo ‘formas’, sus sentidos no conducen por ninguna parte a la verdad, sino que se contentan con recibir estímulos jugando, por así decirlo, a tantear el dorso de las cosas” (Nietzsche, 1873/2011: 610). Si la percepción humana apenas roza la superficie de las cosas, entonces no hay razón para pensar que nuestro lenguaje puede aprehender el ser de las cosas. Las palabras no expresan la esencia de lo real sino que se limitan a exhibir el entramado de las relaciones humanas con las cosas.

Las palabras devienen en conceptos cuando tienen la pretensión de valer no solo para una instancia particular, sino para un número indefinido de casos que son parecidos hasta cierto punto. A través de un proceso de abstracción se busca homogeneizar las diferencias de los casos particulares y se les subsume bajo un término de alcances generales. El concepto tiene la intención de expresar las

notas constitutivas de los casos a los que remite. Pero en este proceso de abstracción se pasan por alto tantos aspectos distintivos de los particulares que el concepto se convierte en una clase de entidad distinta y especial, en un tipo de modelo original. De esta manera, terminan existiendo en la realidad, además de las instancias particulares, formas abstractas capaces de definir las. El resultado es que ningún caso concreto logra adecuarse plenamente a esta forma ideal. Ninguna de las hojas existentes en la naturaleza, por ejemplo, llega a ser una reproducción apropiada y fidedigna del modelo originario *hoja*. El concepto termina por ser valorado como lo verdaderamente real y las instancias singulares como meras reproducciones de aquél. Las instancias particulares pierden así densidad ontológica en virtud de su condición de copias.

Esta valoración metafísica del concepto da lugar a una separación de ámbitos de realidad; división propuesta y propagada por la filosofía tradicional. Es la distinción entre un mundo ideal y pleno de realidad y otro que sería apenas una pobre copia del modelo original; es la división entre un mundo verdadero y un mundo de la apariencia. El interés del filósofo, el amante de la verdad, se centra naturalmente en el mundo verdadero, la región de lo permanente y lo real. Lo transitorio y lo aparente no pueden ser objeto del pensar filosófico debido a su inconsistencia. La sustancialización del concepto es lo que posibilita esta división metafísica. ¿Pero qué sucedería con esta distinción si el concepto no fuera el resultado de un procedimiento lógico sino de un proceso de traducción y recreación? El concepto, al igual que la palabra, es “el residuo de una metáfora” (Nietzsche, 1873/2011: 614), subraya el autor de *Zaratustra*; es el efecto tardío de una serie de transposiciones. El concepto no es la expresión directa de un estímulo nervioso como lo es la palabra, pero al ser creado a partir de ésta es un producto tardío de procesos metafóricos. Nietzsche lo plantea de la siguiente forma: “[...] la ilusión de la extrapolación artística de un estímulo nervioso en imágenes es, si no la madre, en todo caso la abuela de todos y cada uno de los conceptos” (Nietzsche, 1873/2011: 614). Este señalamiento pone en entredicho la validez de la distinción misma entre un mundo pleno de realidad y un mundo ilusorio.

En sus escritos de madurez Nietzsche retoma su crítica a la división metafísica de mundo verdadero y mundo aparente. En *Crepúsculo de los ídolos* presenta de manera resumida el modo en que el mundo verdadero deviene una fábula; expone una historia sintética de cómo la valoración metafísica de lo real deja de ser relevante, de manera que la distinción misma pierde sentido. La historia comienza con Platón, para quien la realidad verdadera es el mundo de las Ideas, el cual es asequible solo al sabio y al virtuoso. Posteriormente, el mundo verdadero deviene en un más allá, un tras-mundo inasequible pero prometido al piadoso (el cristianismo), y luego en una cosa *en sí* que es igualmente inaccesible por ser incognoscible e indemostrable (Kant). Más adelante, con el positivismo, el mundo verdadero ya no es inalcanzable sino inalcanzado; se vuelve desconocido y por lo mismo deja de ser interesante, es indiferente. Recordemos aquí que la filosofía positiva no busca descubrir las causas primeras de lo real, no tiene interés en el mundo verdadero del metafísico. Más aún, el positivismo busca diferenciarse de la metafísica. Por este motivo, Nietzsche lo caracteriza

como el primer bostezo de la razón, pues con él se da un paso importante en el abandono de la filosofía tradicional. El siguiente momento es el rechazo de la idea misma de mundo verdadero por ser una concepción errónea, fútil. El rechazo de esta idea no implica que se conserve la del mundo aparente, pues cuando se abandona la idea de mundo verdadero, la idea del mundo aparente pierde sentido. La distinción metafísica entre ambos mundos se revela como un error o una ilusión que precisa ser descartado. Nietzsche cierra su relato indicando que a partir de entonces inicia el tiempo de Zarathustra: *INCIPIIT ZARATUSTRA* (Nietzsche 1888/2018a: 634-635).

La dimensión subjetiva

El señalamiento de que no hay hechos, sino solo interpretaciones, puede conducir a la idea de que todo se reduce a una cuestión subjetiva. Si no existen los hechos que proporcionen una base objetiva de lo real, entonces toda valoración se realiza desde la óptica del sujeto. Pero el señalamiento de que todo es subjetivo no es una tesis libre de supuestos cuestionables. Este planteamiento presupone un conocimiento del sujeto para poder indicar en qué sentido algo es subjetivo o no. Este conocimiento precisa estar fundado en una investigación que arroje información segura y confiable sobre la realidad interior. Estos datos seguros sobre el sujeto serían los hechos de la conciencia que revelarían información precisa sobre la naturaleza del yo. La riqueza de la realidad interior se despliega en una multiplicidad de operaciones: pensamientos, sentimientos, voliciones, emociones, etc. La reflexión sobre esta actividad interior permite suponer la existencia de un agente subyacente a tales procesos. Se parte de la convicción de que hay un sujeto que es el centro unitario de las múltiples operaciones de la vida interior. Pero esta creencia en la existencia de una entidad subyacente a la actividad de la vida interior es también un presupuesto metafísico. El fragmento póstumo de 1885-1886, 2 [83] subraya lo siguiente: “El hombre se cree causa, agente — todo lo que sucede se comporta predicativamente respecto de algún sujeto. En todo juicio se encuentra la creencia total, plena, profunda, en el sujeto y el predicado [...]” (Nietzsche, 1885-1889/2006: 101). La convicción de que existe un agente que otorga unidad y sentido a las operaciones de la realidad interior se exhibe incluso en la gramática del lenguaje. La conjugación de los verbos al igual que la construcción de los enunciados precisan de un sujeto de la acción y del padecer.

Descartes es uno de los filósofos modernos más importantes en cuanto a la investigación del espíritu humano. Sus meditaciones en torno a la naturaleza de la realidad interior le permiten concluir que el ser humano es fundamentalmente una cosa pensante. El punto de partida de su investigación responde a la necesidad de encontrar una verdad sólida para sentar las bases del nuevo edificio del saber. Para encontrarla decide someter toda creencia a una prueba radical: la duda metódica. Este recurso le permite dudar de todo contenido del pensamiento; le permite poner en cuestión la existencia del objeto mismo. Así es como puede dudar de la existencia del mundo y del cuerpo. La realidad de las cosas pensadas puede ser puesta en cuestión, pero no así la actividad misma del pensar. Descartes puede poner en entredicho al objeto del pensamiento porque éste se presenta de

manera mediata; el pensamiento en cambio se le da de forma evidente. La realidad efectiva de la dimensión subjetiva no puede ser puesta en cuestión ni por la duda más radical. *Cogito, ergo sum*, pienso luego soy, es la verdad inobjetable que Descartes tanto anhelaba. En las *Meditaciones metafísicas* ofrece una explicitación adicional de la naturaleza del *cogito*:

¿Qué soy, pues? Una cosa que piensa. ¿Qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, y, también, imagina y siente. Ciertamente no es poco, si todo eso pertenece a mi naturaleza. (Descartes, 1641/2007: 131)

Para obtener información segura sobre la dimensión del sujeto se precisa de un medio de acceso eficiente, se requiere de una vía metodológica como la cartesiana. El perspectivismo sospecha de la existencia de un método tal, de un modo de acceso directo y objetivo. No cree en las certezas inmediatas que posibilitarían un conocimiento pleno del ámbito subjetivo. La reflexión del pensamiento sobre sí, la autoobservación, no da como resultado certezas inmediatas porque el modo en que es aprehendido es también mediato y condicionado. La comprensión de la actividad interior no es directa, sino que pasa por una serie de transposiciones y modificaciones. Es la misma serie de filtros por los que transitan las impresiones sensibles para ser identificadas en cuanto tal. La aprehensión del mundo interior es posible en la medida en que es llevado al nivel de la conciencia. Pero esta toma de conciencia conlleva una serie de modificaciones y conversiones del dato inicial. La conciencia traduce a sus propios términos (o conceptos) aquello que recibe para poder apropiárselo. Y para lograr esto lleva a cabo un conjunto de transposiciones o conversiones. Nietzsche lo plantea de la siguiente forma en el fragmento póstumo de 1884, 26 [114]: “¡No hay hechos inmediatos! Igualmente pasa con sentimientos y pensamientos: al hacerme *consciente* de ellos, hago un extracto, una simplificación, un intento de configuración: *esto es precisamente hacerse consciente: un arreglar completamente ACTIVO*” (Nietzsche, 1882-1885/2010: 560).

No solo los pensamientos pasan por este proceso de traducción, los sentimientos también. La identificación de un estímulo interno, como el dolor, precisa de un proceso de conversión, precisa que dicho estímulo sea llevado al nivel de la conciencia. No se podría representar la sensación de dolor, y menos aún expresarla si no se hace consciente. El estímulo nervioso precisa ser transformado en una representación mental y ésta ser traducida a una expresión verbal: ‘me duele’. La actividad de la realidad interior, como los sentimientos, solo es accesible a la conciencia a través de una serie de transposiciones similares a lo que sucede con el mundo externo. En el fragmento póstumo de 1887-1888, 11 [113] Nietzsche afirma:

Yo mantengo incluso la fenomenalidad del mundo *interior*: todo aquello *de lo que llegamos a ser conscientes*, primero ha estado completamente arreglado, simplificado, esquematizado, interpretado — [...]. Este ‘mundo *interior* aparente’ se halla tratado por entero con las mismas formas y los mismos procedimientos que el mundo ‘exterior’. Jamás tropezamos con ‘hechos’:

placer y displacer son fenómenos del intelecto tardíos y derivados... (Nietzsche, 1885-1889/2006: 399)

La introspección no arroja certezas inmediatas sobre la realidad interior porque siempre está mediada por la conciencia, y lo que llega a ser consciente pasa necesariamente por una serie de transposiciones.

El perspectivismo se opone a la idea de que tenemos acceso directo a la actividad del sujeto y, por ende, a la existencia de datos seguros sobre la realidad interior. Pero al negar la existencia de los hechos de la conciencia también rechaza la concepción metafísica del sujeto como una entidad sustancial. Si no hay certezas inmediatas sobre la actividad del yo, entonces no tenemos conocimiento seguro sobre la realidad interior. El conocimiento al que podemos aspirar no puede rebasar la dimensión fenoménica, esto es, no puede librarse de las interpretaciones. “El plano del fenómeno es precisamente el plano de las interpretaciones, de lo condicionado y de lo mediato” (Gori, 2017: 59-60). Los estados interiores solo llegan a la conciencia a través de una serie de conversiones, de manera que la aprehensión de la vida interior, al igual que la realidad exterior, es mediante traducciones. Así, no hay justificación para seguir afirmando la tesis metafísica del sujeto como entidad sustancial y referencial de las operaciones interiores. El sujeto no tiene consistencia ontológica; no es una cosa pensante ni un agente sustancial, sino una ficción reguladora de la actividad interior. El yo es una hipótesis inventada y añadida para otorgar unidad y sentido a la complejidad de la dinámica interior. La realidad interior se revela así como perteneciente al ámbito fenoménico, al menos en la medida en que se le intenta comprender. El fragmento póstumo de 1888, 14 [152] lo plantea en los siguientes términos: “No se ha de buscar el fenomenalismo en el sitio equivocado: nada es más fenoménico, (o, con mayor claridad) nada es *ilusión* en tal medida, como ese mundo interno que nosotros observamos con el famoso ‘sentido interno’” (Nietzsche, 1885-1889/2006: 580).

Por tanto, la tesis de que todo es subjetivo no es una afirmación probada, sino solo una interpretación. Una vez más el fragmento póstumo de 1886-1887, 7 [60] lo expresa así:

‘Todo es subjetivo’ decís vosotros, pero ya eso es *interpretación*, el ‘sujeto’ no es algo dado sino algo inventado y añadido, algo puesto por detrás.— ¿Es en última instancia necesario aún poner al intérprete detrás de la interpretación? Ya eso es invención, hipótesis. (Nietzsche, 1885-1889/2006: 222)

Para el perspectivismo el sujeto no es una sustancia, sino una hipótesis añadida. La concepción metafísica de un sujeto dotado de ciertas facultades, como pensar, sentir o desear, es una invención creada por los filósofos para dar unidad a la complejidad de la actividad interior. La convicción en la existencia de un sujeto responsable del actuar es solo el resultado de la seducción del lenguaje

que le atribuye un sustrato agente al hacer. “Más no hay un sustrato tal; no hay ningún ‘ser’ detrás del hacer, del actuar, del llegar a ser; el ‘autor’ es algo que simplemente se añade al hacer, — el hacer lo es todo” (Nietzsche 1887/2018b: 475). El sujeto no antecede al acontecer, como si existiera previo al hacer o como si subsistiera a la remoción de la acción. El hacer es todo; el acontecer es anterior al esquema epistemológico moderno de sujeto y objeto. El sujeto y el objeto son nociones derivadas, inventadas, añadidas. Por este motivo, el perspectivismo niega la existencia de los hechos *en sí* porque ni la realidad interior ni la realidad exterior son accesibles de manera directa y neutral. La manera de relacionarnos con tales realidades es mediada y condicionada por una serie de apropiaciones y conversiones, es decir, por múltiples interpretaciones.

A manera de conclusión

El perspectivismo subraya el carácter interpretativo inherente al modo de relacionarnos con las cosas de la realidad externa. El mundo no comporta un sentido único en espera de ser descubierto mediante procesos metódicos y objetivos. En contra de la filosofía positivista que considera posible conocer la realidad empírica sobre la base de los hechos descubiertos, el perspectivismo subraya la preponderancia de la interpretación. Existe una diversidad de modos en que nos relacionamos con las cosas del mundo, una pluralidad de formas de interpretarlas. Interpretar no consiste en exhibir un sentido unitario de las cosas, sino en introducir un sentido en ellas. Las cosas pueden ser configuradas de diversas maneras, admiten diversos sentidos, según las perspectivas desde las que se realizan. El perspectivismo se opone a la existencia de cosas y hechos *en sí*; pues de existir éstos, serían entidades incondicionadas. El problema con lo incondicionado es que no guarda ninguna relación con los seres humanos y, por ende, sería algo incognoscible. Solo podemos acceder a aquello con lo cual podemos entrar en relación; aquello que podemos configurar e introducirle un sentido. El perspectivismo no pretende refutar la filosofía positivista en general, sino solo liberarla de ciertos supuestos metafísicos aún presentes en su programa. Por un lado, la convicción de que existen hechos que nos proporcionan datos auténticos sobre el mundo. Estos datos confiables, los hechos, funcionarían como base del conocimiento científico. Pero esta convicción es un supuesto cuestionable porque las cosas del mundo son susceptibles de ser configuradas de modos distintos, es decir, admiten múltiples interpretaciones. Por otro lado, la convicción de que existe un sujeto que precede la actividad de la vida interior; un agente responsable del actuar y padecer. Pero la revisión crítica del sujeto, por parte del perspectivismo, muestra que éste no es una cosa dada, una entidad sustancial, sino una invención, una hipótesis añadida para poder regular la riqueza y complejidad del mundo interior. La revisión crítica de la filosofía positiva apunta a la necesidad de reconsiderar el modo en que se comprende la epistemología moderna, particularmente en términos del esquema de sujeto y objeto. **P**

Bibliografía:

COMTE, Auguste 1830 (2004) *Curso de filosofía positiva*. Lessining, Carmen (Trad.). Ediciones Libertador.

DESCARTES, René 1641 (2007) *Discurso del método. Meditaciones metafísicas*. García Morante, Manuel (Trad.). Editorial Espasa Calpe.

GORI, Pietro (2017) *Nietzsche y el perspectivismo*. Müller, Florencia y Schuster, Valeria (Trads.). Editorial Brujas.

HALES, Steven (2020) “Nietzsche’s Epistemic Perspectivism” [“El perspectivismo epistémico de Nietzsche”]. En Cretu, Ana-Maria y Massimi, Michela (Comps.). *Knowledge from a Human Point of View [El conocimiento desde el punto de vista humano]*. Synthese Library 416.

HEIDEGGER, Martin 1923 (2008) *Ontología. Hermenéutica de la facticidad*. Aspiuza, Jaime (Trad.). Alianza Editorial.

HUME, David 1748 (1988) *Investigación sobre el entendimiento humano*. de Salas Ortueta, Jaime (Trad.). Alianza Editorial.

LOCKE, John 1690 (2005) *Ensayo sobre el entendimiento humano*. O’Gorman, Edmundo (Trad.). Fondo de Cultura Económica.

NIETZSCHE, Friedrich, 1885-1889 (2006) *Fragmentos Póstumos (1882-1885)*. Vermal, Juan Luis y Llinares, Joan B. (Trads.). Editorial Tecnos. Vol. IV.

NIETZSCHE, Friedrich, 1882-1885 (2010) *Fragmentos Póstumos (1882-1885)*. Sánchez Meca, Diego y Conill, Jesús (Trads.). Editorial Tecnos. Vol. III.

NIETZSCHE, Friedrich 1873 (2011) “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral”. En *Obras Completas*. Llinares, Joan; Sánchez Meca, Diego y De Santiago Guervós, Luis E. (Trads.). Editorial Tecnos. Vol. I.

NIETZSCHE, Friedrich 1888 (2018a) “Crepúsculo de los ídolos”. En *Obras Completas*. Aspiunza, Jaime; Barrios Casares, Manuel; Lavernia, Kilian; Llinares, Joan B.; Navarro, Alejandro Martín; y Sánchez Meca, Diego (Trads.). Editorial Tecnos. Vol. IV.

NIETZSCHE, Friedrich 1887 (2018b) “Genealogía de la moral”. En *Obras Completas*. Aspiunza, Jaime; Barrios Casares, Manuel; Lavernia, Kilian; Llinares, Joan B.; Navarro, Alejandro Martín; y Sánchez Meca, Diego (Trads.). Editorial Tecnos. Vol. IV.

SANCHÉZ MECA, Diego (2017) “Prólogo”. En Gori, Pietro. *Nietzsche y el perspectivismo*. Müller, Florencia y Schuster, Valeria (Trads.). Editorial Brujas.



Acceso Abierto. Este artículo está amparado por la licencia de Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Ver copia de la licencia en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>